

“UNA MONEDA AL RÍO Y OTROS CUENTOS”, por *Nicomedes Guzmán*

Nicomedes Guzmán es un escritor que, igual que ciertos políticos predestinados, ha tenido siempre *buena prensa*. Todos sus libros, desde el primero de ellos, publicado en 1938, han merecido muchas y contradictorias opiniones que se han vertido en incontables páginas impresas. Su nombre es así ya conocido hasta por esa gente que no le lee una coma a nadie. Es posible que su literatura sea discutible, como todo lo interesante, pero de lo que no cabe duda, es que Guzmán es uno de esos escritores que en Chile se han impuesto. Se ve que cuando llegó a la literatura, frente a la puerta principal, pues no entró por la ventana, se dijo a sí mismo: “De aquí no me saca nadie”.

En virtud de esa *buena prensa* que siempre ha asistido al autor de *Los Hombres Oscuros*, podría parecer una redundancia ocuparse ahora, una vez más, de su nombre y de su obra. Mas ocurre que la oportunidad es ineludible. Véase: Nicomedes Guzmán ha sido editado recientemente en Norteamérica. Su libro *Una Moneda al Río y otros Cuentos*, ha sido publicado por la editorial Monticello College, y este hecho singular, que tan pocos autores chilenos pueden contar a su haber, constituye un hermoso triunfo suyo que, por las vías de los vasos comunicantes, eleva de golpe el rango de toda la literatura nacional.

Esta obra *made in USA*, consta de 112 páginas, de 4 ilustraciones a plumilla de Osvaldo Loyola y de un prólogo del autor, en el cual lo más interesante, porque fija en síntesis su posición literaria y humana, reside en el siguiente párrafo que copiamos textualmente: “Creo que la literatura tiene una responsabilidad vital: crear el clima propicio a la paz, al mejor entendimiento entre los hombres, esto a trueque de describir sus luchas, decir sus verdades, incidiendo, incluso en lo que hay en los seres de corrosivo, enfrentando los aspectos de negación humana, con las virtudes, particularmente la ternura que, a mi entender, es el don más varonil del hombre”.

A continuación de este prólogo, cuyos postulados humanos aventajan lejos a los postulados estéticos, vienen 9 cuentos que se desarrollan en nuestro suburbio santiaguino. El denominador común de todos ellos es la descripción, sin misericordia, de la miseria material del pueblo chileno, con su cortejo de harapos, de enfermedades, de frustraciones de todo orden. No creemos que Guzmán, con todo lo crudo que resulta, exagere la nota. Hemos confirmado, a través de confidencias de médicos y de abogados, o sea, de gente que no estiliza, que las aberraciones reales que se dan en los bajos fondos superan al alcance de cualquiera imaginación. Ya Dostoiewski lo había notado: "Nada hay más fantástico que la propia realidad".

Hay quienes, a sabiendas de que los clásicos son generalmente claros y sencillos, le han reprochado a Nicomedes Guzmán su estilo excesivamente metafórico, ese afán suyo de engalanar todo relato con eufemismos vistosos. Mas, cabe preguntarse: ¿podrían leerse sus novelas y cuentos si estuviesen escritos en un estilo directo, es decir, si todas esas sombrías calamidades no estuvieran compensadas con la pirotecnia de la retórica? Quién sabe. En definitiva, por encima del viejo problema del fondo y de la forma, en el caso del escritor Nicomedes Guzmán hay un hecho incontrovertible: se deja leer. A través de sus páginas, debajo del follaje, a veces demasiado tupido, de sus palabras, palpita la vida auténtica con toda la irreprimible vitalidad de las fuerzas elementales. Diríase que los instintos del pueblo chileno yacen desnudos y a la intemperie en la literatura suya, que es acusadamente social sin desmedro de la calidad artística. Hay, en efecto, en la descripción barroca de tanta bajeza material, un desesperado afán de redención humana. Se trata de un afán luminoso que arranca con más fuerza en la medida en que son oscuras las fuentes que lo inspiran. Por ese conducto, en su hambre de purezas, llega a veces a la tonalidad épica. Nicomedes Guzmán es el poeta de la miseria del pueblo, un poeta capaz de embriagarse en metáforas, o en cualquiera otra forma, antes de reconocer que la maldad humana sea un asunto sin apelación. Luego, ¿es un escritor realista? Sólo en el terreno estricto de la descripción de personas,

cosas y ambientes, que él no deforma; más arriba, en el plano moral, donde otros son pesimistas o escépticos, es un idealista a ultranza. De ahí que, con fanatismo de místico, sobre cualquier basural humano que le salga al paso, encuentre siempre sitio propicio para enarbolar, como una limpia bandera, su inmarcesible esperanza en una sociedad desprovista de odios y de rivalidades.

El autor de *Una Moneda al Río y otros Cuentos*, es un escritor nato, de raza, de imperiosa vocación. El inventario de las obras que ha escrito, a despecho de su juventud, es vasto y tiene méritos suficientes, relacionadas con la chilenidad, como para que en el futuro, cuando le llegue el turno cronológico, reciba también el galardón máximo con que Chile premia a sus mejores artistas. Hay que anotar desde ya que Nicomedes Guzmán, hombre familiarizado con las adversidades, es un vivo ejemplo de lealtad con su propia vocación. Es justamente el antípoda del escritor al uso en nuestro medio, ese que, vacío de experiencia y de imaginación, escribe tan solo para labrarse un nombre que le permita desplazarse mejor en los salones y en los pasillos de la vida social. Guzmán escribe novelas y cuentos porque siente, desde los tuétanos de su ser, que esa, buena, mala o regular, según sea el juicio del crítico de turno, es su misión. Y, brueba marginal de ello es que, en cuanta otra misión se ha embarcado, ha naufragado. En cambio, en las aguas de la literatura, es uno de los nombres chilenos que navegan con mejor viento y seguridad. Ahí están, testimoniándolo, las renovadas ediciones de sus obras y por si eso fuera poco, este nuevo triunfo suyo de verse editado en las prensas norteamericanas.—*Edmundo Concha*.

■

“EL GENERAL CARRERA EN EL EXILIO”, por *Eulogio Rojas Mery*.

Imprenta Cultura, 1954

La apasionante figura de José Miguel Carrera, es analizada en las páginas de este libro de Eulogio Rojas Mery, y es defendida, al